Mi nombre es Sihuaca. Es un nombre azteca que significa “el pequeño de la familia”. Actualmente vivo en la ciudad de Dijon, Francia. Este es el año 2015. Estoy becado y soy estudiante de física en la Universidad de Borgoña. Como físico, siempre me ha apasionado el estudio de los agujeros negros.

Por otra parte, aunque soy un científico, también creo en Dios y creo en el alma. Muchas personas han criticado mis creencias aparentemente contradictorias. Pero yo las he mantenido a pesar de las críticas y a pesar de ser un hombre de ciencia.
Cabe aclarar que creo en Dios como en un ser abstracto y METAFÍSICO, no creo en Él como cree el común de las gentes.

Desde que estaba en México, desde que recuerdo, yo he deseado fervorosamente que Dios me conceda la gracia de conocer la verdad de los agujeros negros. Siempre le he pedido a Dios que ilumine mi mente para poder desentrañar ese misterio.

Ahora paso a relatar aquel evento inaudito y maravilloso que me sucedió hace apenas un año:

Una bendita y gloriosa noche de mi humilde vida, Dios me concedió mi deseo, obrando para mí un milagro inmenso y maravilloso: como Dios es un ser infinitamente bueno e infinitamente omnipotente, me concedió, por medio de su gracia infinita, el milagro de que mi alma se separase de mi cuerpo, sin que mi cuerpo muriera. Y me concedió que mi alma libre viajará rauda y veloz hasta el interior del agujero negro de nuestra magnifica galaxia la Vía Láctea.
Dios, infinitamente bueno e infinitamente misericordioso, me concedió este maravilloso viaje a mí, al más pequeño y humilde de sus servidores.

Fue un viaje como el de Dante al infierno. Sólo que Dante viajó por la mediación de un sueño. Mas yo no soñaba, no; sino que mi alma viajó REALMENTE al inframundo de nuestro agujero negro. Sin embargo, Dante viajó también como yo, por medio de la gracia infinita concedida por Dios.

Así fue como yo, aquella bendita y singular noche, viajé convertido solamente en una pura alma, en puro espíritu, a nuestro imponente y enigmático agujero negro.

Mi alma viajaba velozmente hacia ese astro axial. Puesto que mi alma es un ser inmaterial que no está sujeto a las leyes físicas que rigen el universo, por esa causa mi alma podía viajar a la velocidad que yo quisiera, y no había ningún objeto físico que pudiera impedir mi paso ni regular mi velocidad. En verdad, yo podía llegar al agujero negro inmediatamente, en el momento que yo quisiera, pues para mi alma no había ningún obstáculo que pudiera ralentizar mi marcha. Si demoré en llegar a nuestro agujero negro fue porque yo quise, pues yo podía llegar a él de inmediato. Así es y así resulta, porque mi alma, siendo inmune a las leyes de la naturaleza, podía viajar incluso a una velocidad superior a la velocidad de la luz. Siendo yo pura alma no había para mí ninguna barrera ni ningún obstáculo para mis propósitos ni para mis afanes. Así de portentoso y así de grande fue el milagro que Dios me concedió aquella noche maravillosa y singular.
En tanto que alma, yo era sólo un testigo inmaterial. Mi papel era sólo el de un testigo. Yo lo supe y Dios me lo insinuó. Como testigo de un gran portento me desplacé, pues, por toda la extensión de nuestra Vía Láctea. Viajé emocionado por el majestuoso espacio de nuestra galaxia. Contemplé maravillosas y verdaderas joyas; como piedras preciosas sobre terciopelo negro me parecieron las estrellas y los astros que veía a mi paso. Quedé enamorado de lo que veía. Para mí aquel viaje fue una aventura, un ensueño del que no quería despertar. Pero no soñaba, no; sino que viajaba en perfecta y bienaventurada vigilia.
Ahíto de mirar bellezas, de contemplar joyas preciosas sobre terciopelo negro, como aquel que ha comido demasiada miel, pronto vislumbré al gigante majestuoso que se encuentra en el centro de nuestra galaxia. Cobré, pues, ánimos, y enderecé mi ruta, impávido y decidido, hacia el punto en que se encontraba el gran abismo que me esperaba.
Pronto estuve en las inmediaciones del coloso. Rodeado estaba él de un penacho de luz, cual corona de un majestuoso rey azteca. Las estrellas y los astros giraban en torno de él como haciéndole reverencia. ¡Tanta era la grandeza de aquella estrella axial de nuestra galaxia!

Seguí acercándome. Pronto estuve en el horizonte de eventos de aquel majestuoso gigante.
Rebasé por fin el fatal punto de no retorno, lo hice confiado y sin temor alguno, pues sabía que Dios estaba de mi parte, que me protegía y que mi alma no podía ser perturbada por fuerza física alguna.

Caí pues, resuelto, al fondo del abismo oscuro, a ese abismo del inframundo, mientras me encomendaba confiado a mi Señor Creador.

Caí y mi alma pura y confiada no se deshilachó. Inmaterial, mi alma fue inmune a la fuerza gravitacional casi infinita de aquel gigante. Mi alma se posó suavemente sobre la superficie del gran astro negro, y permaneció imperturbable sobre ella sin ser engullida por el coloso.

Comencé a caminar sobre la superficie del gigante. Mis piernas, como el resto de mi alma, no me pesaban. Más que caminar, diríase que yo flotaba a escasos milímetros de la superficie del gigante. Yo daba con gracia mis pasos que no se dirigían a ninguna parte. Miré a mi alrededor. ¡Nada había! Todo el suelo, toda la superficie del gran astro era negra y pulida como la obsidiana de nuestros ancestros prehispánicos.

Sólo veía negrura y oscuridad por todas partes que yo mirara. Era aquello un lugar triste y sin esperanza. No se divisaba ningún cerro, ninguna montaña, ninguna elevación, ninguna discontinuidad sobre la línea del horizonte. La superficie de la oscura estrella era perfectamente plana y lisa, como si fuera una pista bruñida para bailarines.

La línea de horizonte, que separaba al cielo de la tierra, era una línea recta perfecta, sin defecto alguno, como si hubiera sido trazada artificialmente por una herramienta infalible. Debajo de la línea del horizonte todo era negrura y sombra sepulcral. Arriba del horizonte se veía el cielo, de un tono ciertamente oscuro, pero más claro que el tono oscuro del suelo que yo pisaba. El cielo estaba sembrado de estrellas luminosas aquí y allá. Mas el suelo que yo pisaba era como un sepulcro, absolutamente oscuro y triste, liso, y silencioso.
Diríase que el suelo también era frío, pero frío no podía ser, porque al poseer una masa gigantesca la gran estrella tenía que ser casi infinitamente caliente. Pero así como el astro sepulcral no dejaba escapar luz alguna, así tampoco dejaba escapar su calor, sino que más bien absorbía y retenía de manera codiciosa todo su calor. ¡Triste cosa era el gran ser negro y sombrío que yo pisaba, que todo lo incorporaba, que nada excluía, como si fuera un ser poseído de una infinita avaricia!

A la entrada de este astro del inframundo, en su punto de no retorno, debería lucir la inscripción que Dante pone a la entrada del infierno: "EL QUE CRUCE POR ESTA PUERTA QUE ABANDONE TODA ESPERANZA."

Pero Dante soñaba. Yo no. Yo me encontraba en completa y perfecta vigilia.

Dicho sea de paso, pero no menos importante, es que cualquier objeto que tocaba la superficie del oscuro astro desaparecía al instante absorbido por la superficie del coloso. El gran astro era infinitamente denso e infinitamente compacto, más sin embargo diluía en su superficie todo objeto que caía sobre él; como si el gigante fuera de una consistencia líquida o viscosa. Pero viscoso no era, pues en realidad el gran astro axial era infinitamente sólido e infinitamente compacto, sin fisuras y completamente pulido. Su superficie era un plano perfecto y absolutamente regular. Yo diría que el suelo era tan perfecto que hasta podía brillar como la obsidiana pulida. Pero no brillaba simplemente porque el codicioso astro no dejaba escapar ni siquiera una partícula de luz.
Claro que los objetos que llegaban a la superficie lo hacían en forma de hilos más delgados que un cabello, por causa de haber sido desgarrados por la inmensa fuerza gravitacional del coloso. Pero esos hilos delgados se diluían inmediatamente sobre la superficie de la sombría estrella al momento de sólo tocarla.

Mas yo era inmune al campo gravitatorio de aquel gigante, pues propiamente yo no estaba allí, solamente mi alma se encontraba en ese lugar. Yo estaba allí solamente en calidad de testigo. Y como testigo es que doy mi testimonio.

Negra, triste y silenciosa era pues, la negra y avara estrella axial que me rodeaba por todas partes.
Doy testimonio de ello. Yo, que estuve allí, que contemplé las cosas directamente, por la gracia infinita de Dios Padre, Creador del Universo, yo doy testimonio.

Nuestro agujero negro axial es como un sepulcro triste y oscuro en su superficie.
Allí no florece la vida. Es un lugar sin esperanza.
Como mi Dios lo quiere, doy testimonio de ello.

FIN

Autor: José Antonio López Reynoso.
28 de junio de 2024.
Zapopan, Jalisco, México.
bonit962@gmail.com